



LLAMADA  
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

# NEUMATOLOGÍA

EXPONE

• Esteban Beitze •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



## Clase 6

### VI. Las representaciones y la obra futura del Espíritu Santo

1. Representaciones del Espíritu Santo en las Escrituras
2. La obra del Espíritu Santo en el futuro



# VI. Las representaciones y la obra futura del Espíritu Santo

## 1. Representaciones del Espíritu Santo en las Escrituras

Las representaciones o símbolos del Espíritu Santo nos ayudan a comprender Su naturaleza de una manera más gráfica. Un símbolo es una representación metafórica de un concepto abstracto o invisible que tiene como propósito definir su significado moral y espiritual.

Uno de los símbolos del Espíritu Santo es el fuego. El símbolo del fuego para referirse a la presencia de Dios es algo frecuente en las Escrituras. Dios es descrito en ellas como un *“fuego consumidor”* (He. 12:29). También podemos ver la presencia de Dios en medio de la zarza ardiente en Éxodo 3:2, y la gloria de Dios o *shekinah* en medio del pueblo. La palabra hebrea *shekinah* fue descrita en los comentarios rabínicos como una luz o fuego que resplandecía en medio de los querubines del arca del pacto, tanto en el Tabernáculo como en el Templo. Esta palabra no aparece en la Biblia, pero comúnmente se asocia con la columna de nube que acompañaba al pueblo de Israel por el desierto. La traducción de *shekinah* es ‘lugar de descanso’, haciendo referencia al lugar donde habita Dios. Durante la noche, Dios “habitaba” en una columna de fuego: *“Y el ángel de Dios que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba en pos de ellos; y asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas”* (Éx. 14:19); *“El día que el tabernáculo fue erigido, la nube cubrió el tabernáculo sobre la tienda del testimonio; y a la tarde había sobre el tabernáculo como una apariencia de fuego, hasta la mañana”* (Nm. 9:15). En este mismo sentido, resulta reveladora la visión de Ezequiel: *“Y miré, y he aquí venía del norte un viento tempestuoso, y una gran nube, con un fuego envolvente, y alrededor de él un resplandor, y en medio del fuego algo que parecía como bronce refulgente”* (Ez. 1:4).

No obstante, el fuego no es tan solo un símbolo de la gloria divina, sino también un instrumento del juicio de Dios: *“Aconteció que el pueblo se quejó a oídos de Jehová; y lo oyó Jehová, y ardió su ira, y se encendió en ellos fuego de Jehová, y consumió uno de los extremos del campamento. [...] Y llamó a aquel lugar Tabera, porque el fuego de Jehová se encendió en ellos”* (Nm. 11:1, 3); *“Y Elías respondió y dijo al capitán de cincuenta: Si yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo, y consúmame con tus cincuenta. Y descendió fuego del cielo, que lo consumió a él y a sus cincuenta”* (2 R. 1:10). Además, el



fuego es señal del poder divino: *“Porque aconteció que cuando la llama subía del altar hacia el cielo, el ángel de Jehová subió en la llama del altar ante los ojos de Manoa y de su mujer, los cuales se postraron en tierra”* (Jue. 13:20); *“Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja”* (1 R. 18:38).

Es claro que el fuego era importante a la hora de los sacrificios en el templo. Levítico 9:24 dice que Dios mismo prendió el primer fuego del altar de las ofrendas: *“Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto con las grosuras sobre el altar; y viéndolo todo el pueblo, alabaron, y se postraron sobre sus rostros”*. Un fuego que debían mantener encendido: *“El fuego arderá continuamente en el altar; no se apagará”* (Lv. 6:13), rechazando cualquier otro tipo de fuego: *“Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová”* (Lv. 10:1-2). En este caso, aceptar otro fuego y no el fuego divino para el altar, provocó un fuego mortal: el de la ira divina.

Romanos 12:1 nos presenta un nuevo sacrificio: nuestros cuerpos presentados en el altar y consumidos por el fuego del Espíritu Santo: *“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”*.

En todo el Nuevo Testamento se relaciona al Espíritu Santo con el fuego. Cuando el Espíritu de Dios comenzó a morar en la iglesia, apareció como lenguas de fuego posándose sobre los creyentes (Hechos 2:3-4).

El fuego del Espíritu Santo representa al menos tres aspectos divinos: la presencia, la pasión y la pureza de Dios. La presencia de Dios está en el creyente por medio de Su Espíritu Santo que mora en él. Podemos ver una imagen similar en el Antiguo Testamento cuando Dios manifestaba su presencia cubriendo el tabernáculo con algo parecido al fuego: *“El día que el tabernáculo fue erigido, la nube cubrió el tabernáculo sobre la tienda del testimonio; y a la tarde había sobre el tabernáculo como una apariencia de fuego, hasta la mañana”* (Nm. 9:15). Este fuego iluminaba al pueblo durante la noche. En el Nuevo Testamento, Dios ilumina a los creyentes con el Espíritu Santo, quien mora en sus cuerpos: *“Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos [...]. ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”* (2 Co. 5:1, 6:16).

El Espíritu Santo apasiona los corazones de los creyentes. En la historia del camino a Emaús, los discípulos reconocieron que ardía su corazón cuando el Jesús resucitado les hablaba en el camino (Lucas 24:32).



También recibieron los apóstoles una pasión muy perdurable en el Pentecostés, la cual les dio el ánimo necesario para hablar con denuedo la Palabra de Dios (Hechos 4:31).

Además, el Espíritu Santo produce pureza en nuestras vidas. Dios quiere purificarnos y santificarnos por medio de Su Espíritu. El fuego elimina la escoria de los metales preciosos. De igual forma, el Espíritu Santo elimina el pecado de nuestras vidas (Salmos 66:10, Proverbios 17:3). Este es un fuego purificador, que no solo tiene la tarea de limpiar, sino también de refinar.

El Espíritu Santo es cálido, nos ilumina y nos purifica como el fuego, reflejando así el carácter divino.

Otro símbolo del Espíritu Santo es el viento. Juan 3:8 dice: *“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”*.

La fuerza del viento o la presión del aire pueden ser muy potentes. El pasaje de Juan 3 narra el encuentro de Jesús con un maestro de la ley llamado Nicodemo. Nicodemo estaba en busca de la verdad y consultó al Señor con toda sinceridad.

La palabra *neuma* (“hálito, respiración, viento, aliento, espíritu”) es utilizada en la Biblia para describir tanto al viento como al Espíritu Santo. La imagen del viento para describir al Espíritu Santo intenta simbolizar una presencia que lo llena todo: *“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz”* (Sal. 139:7-12).

El viento representa además el estar completos, el llenar un vacío. Jesús utiliza esta metáfora para explicar a Nicodemo que debía llenar el vacío que le había dejado la ley con el viento del Espíritu.

El vacío producido por lo terrenal puede ser llenado por el Espíritu Santo: *“En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”* (Gn. 1:1-2).

El viento es un símbolo de cambio. Dios hizo descender las aguas del Diluvio soplando un viento sobre la tierra: *“Y se acordó Dios de Noé, y de todos los animales, y de todas las bestias que estaban con él en el arca; e hizo pasar Dios un viento sobre la tierra, y disminuyeron las aguas. Y se cerraron las fuentes del abismo y las cataratas de los cielos; y la lluvia de los cielos fue detenida”* (Gn. 8:1-2). Uno de los cambios más importantes que produce el Espíritu Santo es la salvación en Cristo, llevándonos al arrepentimiento y al mensaje del evangelio.

El viento simboliza un cambio importante, una nueva etapa, como cuando el viento abre las aguas del mar Rojo: *“Y extendió Moisés su mano sobre el mar, e hizo Jehová que el mar se retirase por recio*



viento oriental toda aquella noche; y volvió el mar en seco, y las aguas quedaron divididas. Entonces los hijos de Israel entraron por en medio del mar, en seco, teniendo las aguas como muro a su derecha y a su izquierda” (Éx. 14:21-22). En Ezequiel 37:7-10 vemos lo mismo en el renacer del pueblo hebreo: “Profeticé, pues, como me fue mandado; y hubo un ruido mientras yo profetizaba, y he aquí un temblor; y los huesos se juntaron cada hueso con su hueso. Y miré, y he aquí tendones sobre ellos, y la carne subió, y la piel cubrió por encima de ellos; pero no había en ellos espíritu. Y me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán. Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo”. En Hechos 2:2 podemos apreciar dos características ya vistas sobre el viento: lo llena todo y con este comienza algo nuevo: una nueva etapa en la historia de la iglesia.

También debemos ver al agua como un símbolo del Espíritu Santo. El agua es un elemento imprescindible para la vida, al igual que es el Espíritu Santo para la vida eterna: “... hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto, y el desierto se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque” (Is. 32:15); “Así dice Jehová, Hacedor tuyo, y el que te formó desde el vientre, el cual te ayudará: No temas, siervo mío Jacob, y tú, Jesurún, a quien yo escogí. Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos; y brotarán entre hierba, como sauces junto a las riberas de las aguas” (Is. 44:2-4). La vida espiritual se alimenta del Espíritu Santo.

El agua además tiene la capacidad de calmar la sed: “He aquí que yo estaré delante de ti allí sobre la peña en Horeb; y golpearás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo” (Éx. 17:6); “Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan” (Is. 58:11); “... mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Jn. 4:14). También tiene la capacidad de limpiar: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré” (Ez. 36:25). Es una fuente de bendición: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn. 7:37-39); “Me hizo volver luego a la entrada de la casa; y he aquí aguas que salían de debajo del umbral de la casa hacia el oriente; porque la fachada de la casa estaba al oriente, y las aguas descendían de debajo, hacia el lado derecho de la casa, al sur del altar” (Ez. 47:1).



Por otra parte, el Espíritu Santo es representado con la imagen de una paloma; una imagen basada en el bautismo de Jesús: *“Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”* (Mt. 3:16-17).

En la historia del Arca de Noé podemos leer sobre una paloma que vuela sobre un mundo desolado por el pecado, tras haber vivido el juicio divino. La historia cuenta que la paloma no halló tierra para asentarse, por lo que retornó al Arca. El pasaje de Mateo nos muestra al Espíritu de Dios que desciende como paloma. Considerando el símil, sabemos que no se trataba de la figura de una paloma, sino de algo que poseía algunas características comparables con este animal (tal vez en su forma de trasladarse). De todas formas, podemos decir que el Espíritu Santo encontró en Jesús un lugar donde reposar, un lugar sin pecado, libre del juicio de Dios, un juicio que luego cargaría el Señor por toda la humanidad.

En la historia del Arca, la paloma vuelve a salir, trayendo una rama de olivo en su pico: el juicio de Dios había pasado. Jesús vino a anunciar que el juicio de Dios pasaría en él, y de esa manera se establecería la paz entre Dios y los hombres. El Espíritu Santo anunciaba una nueva creación en Jesús: *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (2 Co. 5:17).

La paloma emprende un tercer viaje y ya no vuelve al Arca. Lo mismo sucedió con el Espíritu Santo y la iglesia. El Espíritu de Dios mora en el mundo a través de la iglesia.

Cantares 2:11 dice que el canto de la tórtola señalaba el fin del invierno: *“Porque he aquí ha pasado el invierno, se ha mudado, la lluvia se fue; se han mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción ha venido, y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola”*. Así como todo florece luego del invierno, el Espíritu Santo renueva nuestras vidas a la imagen de Cristo.

Además, Dios nos ha salvado no por nuestros méritos o por nuestras riquezas, sino por su gracia. La paloma era la ofrenda expiatoria de los pobres en el Antiguo Testamento. Delante de Dios todos somos pobres.

Dicho todo esto, debemos ser honestos en algo: la Biblia no acostumbra a utilizar la figura de la paloma como un símbolo. Aunque hemos relacionado al Espíritu Santo con la paloma, no hay bases bíblicas sólidas para hacerlo.

Un símbolo más sólido para el Espíritu Santo es el aceite, sobre todo el aceite de oliva, el máspreciado de todos.

En este tiempo, el aceite de oliva se utilizaba como combustible para las lámparas, como medicamento, para el aseo personal, para los ritos ceremoniales y para la elaboración de alimentos.

Estas propiedades ayudan a relacionarlo con el Espíritu Santo.

El aceite de oliva se utilizaba para iluminar las casas por la noche. En el templo servía de combustible



para el candelabro: *“Manda a los hijos de Israel que te traigan para el alumbrado aceite puro de olivas machacadas, para hacer arder las lámparas continuamente”* (Lv. 24:2).

El candelabro de siete brazos es un símbolo de la iglesia (Ap. 1:20) y su base, de Jesucristo, por lo tanto, el aceite no puede representar otra cosa que el Espíritu Santo.

Jesús enseñó que los creyentes son la luz del mundo, usando para su enseñanza la imagen de la lámpara de aceite: *“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbr a todos los que están en casa. Así alumbr vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”* (Mt. 5:14-16). De igual forma, cuenta la historia de cinco vírgenes insensatas que habían llevado sus lámparas sin aceite. Esta parábola habla de una iglesia religiosa, pero sin el Espíritu Santo, justamente quien tiene como función alumbrar la Palabra de Dios para aplicarla en nuestras vidas: *“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”* (Jn. 16:13).

En la antigüedad se usaba además el aceite de oliva (ingerido o untado) para tratamientos medicinales. Se aplicaba en las zonas inflamadas, en dolores superficiales o heridas. Nunca faltaba aceite de oliva entre los remedios de la época (Santiago 5:14).

Así como el aceite, el Espíritu Santo es un bálsamo consolador: *“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”* (Jn. 14:26). Él trae sanidad a nuestra alma: *“Hijo mío, está atento a mis palabras; inclina tu oído a mis razones. No se aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón; porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo”*. Además, nos salva de la enfermedad del pecado, para que tengamos vida eterna.

La grasa del aceite de oliva (el jabón) quitaba las impurezas de las personas en aquella época. Como en la actualidad, se agregaban al jabón distintos perfumes y otros ingredientes para la higiene o medicinales: *“Y el vino que alegra el corazón del hombre, el aceite que hace brillar el rostro, y el pan que sustenta la vida del hombre”* (Sal. 104:15).

La limpieza con aceite tenía su secuencia. Al principio se embadurnaba el cuerpo y luego se le retiraba con el estrígil (una rascadera larga y fina de metal). El Espíritu del Señor nos limpia de todo pecado. Asearse levanta el ánimo, pues sentirse limpio siempre es un motivo de gozo. Así también el sentirnos limpios de pecado nos llena de gozo: *“Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros”* (Sal. 45:7).

Además, el aceite era parte importante del culto ceremonial. Se aplicaba en las personas para consagrarlas (apartarlas para un servicio espiritual).





Se ungía con el aceite de la santa unción a reyes, sacerdotes y objetos del culto.

El aceite de la unción era preparado de manera especial con especias aromáticas de excelente calidad (Éxodo 30:22-31). Este aceite estaba apartado para un uso sacerdotal, por lo que no podía ser utilizado para ninguna otra cosa: *“Sobre carne de hombre no será derramado, ni haréis otro semejante, conforme a su composición; santo es, y por santo lo tendréis vosotros. Cualquiera que compusiere unguento semejante, y que pusiere de él sobre extraño, será cortado de entre su pueblo”* (Éx. 30:32-33).

Al igual que el aceite de la unción, el Espíritu Santo nos aparta de este mundo (nos santifica) para consagrarnos, es decir, para servir de manera exclusiva a Dios.

Además, el aceite era muy útil para los alimentos. Con este se amasaba la harina para el pan (1 Reyes 17:8-16). También se usaba como parte de un aderezo donde se mojaba el pan: *“Respondió Jesús: A quien yo diere el pan mojado, aquel es. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón”* (Jn. 13:26).

Gracias al Espíritu de Dios, el aceite con el que se amasa la harina, podemos disfrutar del pan espiritual de la Palabra de Dios. Además, el Espíritu Santo nos permite llevar el alimento espiritual a los que más lo necesitan.

El último símbolo del Espíritu Santo es el sello; símbolo asociado directamente con el pasaje de Efesios 1:13 y 2 Timoteo 2:19: *“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”*; *“Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo”*. Sin embargo, podemos encontrarlo en otros pasajes como “depósito” o “arras”. Es decir, la garantía que confirma su derecho sobre nosotros. La palabra griega para “arras” es *arrhabon* ‘prenda’, es decir, una parte del dinero que garantiza la totalidad del pago. Debido al sello del Espíritu Santo estamos seguros de nuestra salvación. Por lo tanto, es una señal para el creyente de que el Espíritu Santo siempre estará con nosotros, de que le pertenecemos, que estamos seguros en Él y que somos hijos de Dios: *“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”* (Ro. 8:16).

## 2. La obra del Espíritu Santo en el futuro

Hechos 2:1-6, 12-13 dice: *“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas,*



*según el Espíritu les daba que hablasen. Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua [...]. Y estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué quiere decir esto? Mas otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto”.*

Algunas personas habían quedado atónitas frente a los acontecimientos, mientras que otras se burlaban, acusándolos de estar borrachos. El apóstol Pedro “... poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras. Porque estos no están ebrios, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día. Mas esto es lo dicho por el profeta Joel: Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños” (vv. 14-17). Por lo tanto, Pentecostés no fue solo una celebración judía, sino el cumplimiento de la profecía de Joel 2. Cincuenta días después de la gavilla de los primeros frutos y cincuenta días después de la resurrección de Jesús, primicias de nuestra resurrección, vino el Pentecostés y el derramamiento del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo comenzó Su obra casi ocho semanas después de la crucifixión de Cristo. Durante esa época muchos dudaron de su resurrección o mintieron al respecto. Fue durante ese tiempo de caos en Jerusalén que el Espíritu de Dios se derramó mediante dos señales claras: un estruendo, como un viento recio que soplabla, y lenguas repartidas, como de fuego. Una señal auditiva y otra visual.

Llegará un momento en que los postreros días de Joel 2 se acabarán, llegando el período de la historia vinculada a los tiempos finales, donde la obra del Espíritu Santo en la tierra llegará a su fin.

Todos tenemos la sensación de que los problemas en el mundo están creciendo cada vez más. Esto, sin duda, es debido al inminente regreso de Cristo. El enemigo se siente acorralado, entonces ataca a la iglesia y pone obstáculos al avance del evangelio, pervirtiendo a las personas de manera diabólica.

Sin embargo, el diablo está limitado por el Espíritu de Dios, quien no permite su avance sobre los corazones de los creyentes: “Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio” (2 Ts. 2:3-7). Satanás trata de confundir lo santo y lo impuro, para que llamemos bueno a lo malo, y viceversa. Sin embargo, el Espíritu de Dios lo limita, separando lo puro de lo impuro:



“El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Ap. 22:11-12). Contristar al Espíritu Santo es exponerse a las mentiras del enemigo, dejando de discernir entre la justicia de Dios y la maldad del hombre: “Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán” (Mt. 24:5).

La venida del Anticristo está cerca y la mentira satánica crece en este mundo. No obstante, tenemos al Espíritu Santo que nos revela toda verdad: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Jn. 16:13-15). Los cristianos esperamos a Cristo mientras el Espíritu Santo nos santifica y prepara para ese encuentro.

Pedro escribe en 2 Pedro 3:3-6, 8, 10: “Sabiedo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua [...]. Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día [...]. Pero el día del Señor vendrá como ladrón...”.

La obra del Espíritu Santo en los “postreros días” está bien reflejada en el Antiguo Testamento. En la historia del Diluvio, Dios dijo: “No contenderá mi Espíritu con el hombre para siempre...” (Gn. 6:3). Este fue, de alguna manera, un tiempo final. La señal de los postreros días será muy similar, pues al igual que en ese tiempo, la humanidad ha rechazado a Dios, multiplicándose como consecuencia la maldad. Siguiendo con este paralelismo, podemos ver al Arca de Noé como una imagen de la iglesia. El Espíritu Santo fue quitado de la tierra en el juicio divino, y acompañó a Noé y a su familia en el Arca.

También en los postreros tiempos, el Espíritu Santo será quitado de manera repentina en el arrebatamiento de la iglesia.